

HITOS EN LA EVOLUCIÓN DEL IRLANDÉS*

*Al Profesor Brian Ó Cuív
In memoriam*

Resumen: El artículo ofrece un recorrido por la historia de la lengua irlandesa. Se centra en cuestiones lingüísticas y, en concreto, en los cambios y transformaciones que jalonan las distintas etapas de la evolución histórica. Aborda cuestiones de grafía por ser ésta una de las dificultades más importantes para el aprendizaje del irlandés. Y atiende también a aspectos históricos y sociolingüísticos que ayudan a entender las circunstancias peculiares de los distintos períodos. El artículo pretende ser un llamada de atención a los estudiosos españoles sobre la importancia de la Filología Céltica, que tanto puede contribuir a una correcta interpretación de las lenguas y culturas paleohispánicas.

Abstract: This article concerns the history of the Irish language. While its main focus is linguistic, it also deals with historical and sociolinguistic matters. The article attempts to draw the attention of Spanish scholars to Celtic Studies, which is fundamental for a comprehensive understanding of the remains of ancient languages and cultures of our ancestors.

El objetivo de este artículo es brindar a los estudiosos hispanos una oportunidad de acercarse siquiera sea brevemente al mundo de la filología céltica. Un terreno de investigación prácticamente virgen en nuestras tierras hasta el punto de poder referirnos a ella como «la gran desconocida». Y esto a pesar de compartir unas profundas raíces comunes y del interés suscitado en determinadas áreas.

Si no en vano celtíberos eran los pueblos que encuentran los romanos en buena parte de la Península cuando arriban a nuestras tierras, si los documentos escritos que constituyen nuestra herencia más antigua lo están en la lengua que hablaban dichas gentes, redactados primero en alfabeto ibérico y después en el latino, el cotejo con la más importante de las lenguas célticas, el antiguo irlandés, es indispensable para iluminar dichos textos. Indispensable porque nuestra única vía de aproximación a los mismos es la comparación con los bilingües latinos, cuando nos cabe dicha fortuna, y los fundamentos de la lingüística indoeuropea, y dentro de ésta en especial con el grupo céltico, máxime dado el carácter arcaico de ambas lenguas, antiguo irlandés y celtibérico. Si a pesar del enorme lapso de tiempo que las separa, el uso del primero está rindiendo inesperados frutos en los campos galos, hemos de empezar a sembrar en los nuestros si aspiramos a cosechas semejantes.

* Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación N.º PB97-0403, pero se gestó en 1997 durante el primer año de estancia en la School of Celtic Studies (Dublin Institute for Advanced Studies, Dublín) merced a una Beca de Perfeccionamiento de Doctores del Ministerio de Educación y Ciencia. Ahora que ve la luz me siento muy honrada al poder dar las gracias públicamente a mis profesores en el Trinity College,

Liam Breatnach, Damian McManus y Jürgen Uhlich por sus enseñanzas, a Kim McCone de la National University of Ireland Maynooth y Brian Ó Curnáin de la School of Celtic Studies por sus indicaciones puntuales y, muy en especial, a Seán Ua Súilleabháin del University College Cork por su colaboración siempre rica y generosa. Los posibles deslices e inexactitudes sólo a mí me corresponden.

No parece necesario insistir en la condición de lengua indoeuropea del irlandés, como tampoco en su pertenencia dentro de la familia céltica al grupo del celta insular y más en concreto al grupo goidélico o gaélico (es preferible reservar este término para el irlandés moderno), que comprende también la lengua de Escocia y la que se hablara en la isla de Man, mientras el grupo britónico agrupa el galés, el córnico y el bretón. No es éste tampoco el lugar para discutir las relaciones internas que mantienen estas lenguas entre sí y respecto al llamado celta continental (celtibérico, galo, lepónico; en menor medida los escasos testimonios de la lengua de los gálatas), baste decir que existen distintas propuestas y posiciones enfrentadas¹.

Lo que pretendemos es esbozar siquiera brevemente una historia de la lengua irlandesa cuyos trazos serían los siguientes:

Las primeras fuentes son las inscripciones en *ogam*. En un alfabeto, creado específicamente para la lengua irlandesa², testimonian casi exclusivamente nombres propios en genitivo.

A la lengua de las más tempranas se le denomina Irlandés Primitivo (ca. 400-500), sumamente interesante ya que aún no se ha producido el apócope de la sílaba final y por tanto contamos aún con las terminaciones indoeuropeas.

Al contrastar, por ejemplo, la forma ogámica (de ahí la transcripción en mayúscula) IVAGENI con la antiguo irlandesa *Éogain* o CUNAVALI con *Conaill*, en los casos del genitivo en antiguo irlandés la cualidad palatal de la consonante final, notada mediante la *i*, es lo único que resta de la antigua desinencia de genitivo. Cuando se produzca el apócope de la sílaba final, el antiguo irlandés consolidará un sistema nuevo, una flexión donde la oposición casual no reside en gran parte en las terminaciones sino en la cualidad de las consonantes finales y en la mutación inicial.

Las propias inscripciones ogámicas documentan una fase posterior de la lengua, el denominado Irlandés Arcaico (ca. 500-550). En esta etapa se ha producido ya el apócope, un fenómeno que podría considerarse ligado a la fijación del acento en posición inicial, rasgo éste que constituye una de las características más definitorias del grupo goidélico frente al britónico, si no fuera porque el britónico, pese a la acentuación en la sílaba penúltima, también sufrió apócope. La modificación del carácter del antiguo acento indoeuropeo, también conocida, por ejemplo, en la familia germánica, no es nunca un hecho sin consecuencias. La primera es ésta del apócope, la segunda será la síncope de la vocal átona que sigue a la primera sílaba sobre la que recae el acento.

Dicho fenómeno con testimonios en algunas inscripciones ogámicas tardías y en los primeros manuscritos caracteriza el período del Antiguo Irlandés Temprano (ca. 550-700). La diferencia que

¹ Compárese la posición de K.H. Schmidt («On the Reconstruction of Proto-Celtic», en: G.W. MacLennan (ed.), *Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies*, Ottawa 1988, pp. 231-248, entre otros muchos trabajos) y la de K. McCone, por ejemplo en *Towards a Relative Chronology of Ancient and Medieval Celtic Sound Change*, Maynooth 1996, p. 104. Muy reciente es la traducción al inglés a cargo de D.L. Howells y J. Uhlich de V.P. Kalgin - A.A. Korolev, *Introduction to Celtic Philology*, Dublin 2000, donde pueden seguirse los problemas más importantes planteados en el estudio de la evolución de las lenguas célticas.

² Fechadas en los siglos V-VII d.C., son especialmente frecuentes en el sur del País, condados de Kerry, Cork y Waterford, aparecen también en Gales, Devon y la isla de

Man. Conviene subrayar que no ya el sistema de escritura, también la notación ortográfica es completamente diferente del sistema atestiguado después para el antiguo y medio irlandés. Asimismo conviene indicar que el doble carácter que se reconoce a dichos *ogam*, servir de monumento funerario conmemorando a la persona muerta dando fe de sus antepasados y servir como marcas de territorio, responde de hecho a una misma función, puesto que el difunto sigue ligado a su tierra con el propósito de defenderla frente a los enemigos, vid. a este respecto nuestra aportación «Loegaire y los muertos armados», en: M.A. Alonso Ávila - S. Crespo Ortiz de Zárate - T. Garabito Gómez - M.E. Solovera Sánchez (eds.), *Homenaje al prof. A. Montenegro. Estudios de Historia Antigua*, Universidad de Valladolid 1999, pp. 773-789.

separa esta fase del Antiguo Irlandés propiamente dicho, Antiguo Irlandés Clásico (ca. 700-900), es que en la etapa temprana los vocablos aún conservan las vocales completas en todas las sílabas, mientras que después excepto en la vocal inicial lo que hay en las sílabas átonas son simples notaciones de vocales indistintas, cuyo «colorido» depende de las consonantes que las rodean, de modo que se escriben de forma diferente según la cualidad de esas consonantes. Es la llamada infección irlandesa.

Puede sorprender el hecho de que se hagan distinciones tan minuciosas, máxime cuando los testimonios más antiguos son escasos. Pero son esenciales puesto que esos cambios «mínimos» son los que forjan el irlandés como lengua nueva y le dan un barniz propio, completamente diferente del resto³.

Quizás convenga dar un ejemplo:

Irlandés Primitivo COMMAGGAGNI Irl. Arcaico COMOGANN Antiguo Irlandés *Comgán* (anglizado Kone), (*com-* + *ag-* (lat. *ago* = gr. ἄγω) + *agnas* sufijo de diminutivo). Cf. Galo *Comagus*.

COMMAGGAGNI atestigua la fase preapócope, aparece la desinencia de genitivo⁴, que muchas veces se ha utilizado para establecer como dato a favor de un supuesta unidad italo-celta (cf. lat. *domini*, por ejemplo), aunque hoy está en descrédito esa suposición. En COMOGANN, sin embargo, se ha producido ya el apócope, la asimilación del grupo *GN* y probablemente la vocal *O* es un intento de escribir una vocal débil e indistinta, una *šua* que está a punto de sincoparse⁵. El resultado de la síncope lo tenemos en la forma antiguo irlandesa, *Comgán*, nótese también el alargamiento compensatorio⁶

³ D. Greene (*The Irish language. An Ghaeilge*, Dublin 1966, p. 10 y «Irish as vernacular before the Norman Invasion», en: B. Ó Cuív, ed., *A view of the Irish language*, Dublin 1969, pp. 11-21, esp. 11 ss.) apunta la posibilidad de que el irlandés de las inscripciones ogámicas era una forma arcaica, confinada a la clase letrada y que los misioneros cristianos, cuando empiezan a escribir, al tiempo que desarraigan el paganismo reemplazan dicha lengua por el habla del pueblo. Es interesante el paralelo que traza con los *Vedas*, conservados en la tradición oral mientras la lengua popular evolucionaba, y situaciones similares en Polinesia.

⁴ Cabría incluso la posibilidad de que se trate de una grafía conservadora y, de hecho, también habría desaparecido la *-i*. Conviene fijarse también en otra peculiaridad: la geminación de consonantes. E.J. MacNeill («Notes on the distribution, history, grammar, and import of the Irish Ogham inscriptions», *PRLA* 27, 1909, pp. 329-370, esp. 340-342) pensó ponerlo en relación con un sistema heredado que opondría consonantes geminadas y simples —se trataría de una fase previa a la lenición—. Se esperaría entonces que dicho fenómeno fuera más común en inscripciones tempranas que en las tardías, donde aparecería como error de los lapicidas. También sería lógico que apareciera en especial con consonantes donde dicha oposición sobrevive después de la lenición (caso de *l, n, r*, escritas simples cuando están lenizadas y dobles cuando no lo están). Pero, de hecho, el análisis detenido de los ejemplos no sólo va en contra de la explicación de MacNeill, sino que sugiere lo contrario (al antiguo irlandés *Mac-Deichet* corresponde en *ogam* MAQI-DECCEDDAS). Puede seguirse la discusión detallada en D. McManus, *A guide to Ogam*, Maynooth 1991, § 6.30 (d), quien subraya el carácter caprichoso del fe-

nómeno. El propio MacNeill, al parecer, con un talante bien diferente llegó a sugerir un efecto buscado por los propios lapicidas para cobrar más a sus clientes.

⁵ Las oscilaciones de grafía, en este caso COMMAGGNI y COMOGANN, son especialmente frecuentes en los compuestos. Han de ponerse en relación con la lenición que afecta a todo segundo miembro de compuesto en antiguo irlandés y guardan paralelismo con las alteraciones que sufre el vocalismo de las sílabas internas en los compuestos latinos donde una *i* puede representar una *lo/* o *la/* del tema del primer término: *pomifer, lanificum*. COMOGANN es una forma también interesante desde otro punto de vista, ya que pudiera ser nominativo, no genitivo. (Así, R.A.S. Macalister, *Corpus Inscriptionum Insularum Celticarum*, vol. I, Dublin 1945, reimpr. 1996, n. 145, pp. 140 s.; pero vid. las observaciones de D. McManus, *op. cit.*, § 6.25).

⁶ Éste es también un fenómeno muy importante, porque en un período previo al antiguo irlandés, y ligado también a las transformaciones del acento inicial, todas las vocales átonas se han abreviado. Sin embargo, la pérdida de consonantes se va a compensar con el alargamiento de la vocal precedente. Se generan así vocales átonas largas que introducen inestabilidad en un sistema acentuativo donde predomina un acento inicial fuerte. Ese desequilibrio se resolverá en el curso de la historia de la lengua, bien por el mismo método (abreviación de sílabas largas átonas), bien mediante el desarrollo de un acento secundario en las vocales largas no iniciales. Son las dos soluciones por las que optarán los dialectos del norte y del sur mucho más adelante, en una fecha no bien definida entre 1200-1550 (vid. Th.F. O'Rahilly, *Irish Dialects. Past and Present*, Dublin 1932, reimpr. 1972, pp. 83 ss.; cf. *infra* n. 31).

de la vocal /a:/, larga, indicado mediante la tilde, fruto del tratamiento del grupo consonántico *-nn < -gn*.

Aparte de las inscripciones ogámicas, una fuente de indudable interés para el conocimiento de este período de la lengua es el estudio de los préstamos latinos que se incorporan a partir del siglo V como consecuencia de la introducción del Cristianismo.

No se limitan a la esfera eclesiástica (*bendacht < benedictio, sacart < sacerdos*), sino que también se toman términos relacionados con el ámbito de la lectura y la escritura (*lebor < livrah, liber, notaire < notarius*) y otros como *cáise < caseus, scúap < scopa, cucann < coquina, fion < vinum* etc. No en vano los monjes además de rezar, leer y copiar manuscritos tenían que cocinar, barrer y, al parecer, eran aficionados al queso y al vino.

La consideración de los tratamientos consonánticos en dichos préstamos permite separar dos épocas bien claras⁷. Además su consideración es esencial para entender bien las convenciones de la ortografía irlandesa.

1) Una primera entrada de vocablos se registra en una época previa al proceso de lenición, esto es, al debilitamiento de las consonantes en posición intervocálica, que constituye uno de los rasgos señeros de la lengua irlandesa. Palabras como *puteus, oratio, laicus* debieron ser asimiladas al vocabulario autóctono en esa fase previa a la lenición, porque cuando se produce tal fenómeno también se vieron afectadas: *cuithe, ortha, láech*. El primer caso es especialmente notable porque revela una de las características más antiguas de los préstamos: ante la ausencia de /p/ en su propio sistema fonológico —uno de los rasgos más definitorios de la familia céltica— adaptan el fonema latino al que les es más próximo /kw/, el correspondiente al primitivo fonema labiovelar conservado aún en *ogam (MAQQÍ*, más tardías son las grafías *MACCI, MACI*, air. *maicc*).

De hecho un vocablo como *apostolus* fue tomado en préstamo dos veces: la primera⁸ corresponde a la fase en que el fonema latino /p/ es sustituido por el fonema /kw/ del Irlandés Primitivo */akwossolas/, que sufre después la lenición */axosolah/ > */axosol/ y después por síncope */axsəl/ = air. *axal*. La segunda vez es también anterior a la síncope puesto que se pierde la segunda sílaba, pero se produce cuando la lengua irlandesa había desarrollado ya una *p* secundaria⁹, de ahí air. *aspatal*, Irl. Mod. *aspal* con metátesis.

2) Una segunda fase se detecta en formas como *cucann < coquina, oróit < oratio, póc < pacem*. Es digno de mención que la segunda es la misma palabra, que vimos antes adaptada *ortha* y, sin embargo, el resultado difiere considerablemente¹⁰. Si en estas palabras ya no hay resultados visibles

⁷ Son esenciales los trabajos de D. McManus, «A chronology of the Latin loan-words in Early Irish», *Ériu* 34, 1983, pp. 21-71 y «On final syllables in the Latin loan-words in Early Irish», *Ériu* 35, 1984, pp. 137-62.

⁸ Vid. D. McManus, «A chronology of the Latin loan-words in Early Irish», *Ériu* 34, 1983, pp. 48 y 62.

⁹ Dicha circunstancia se produjo primero de forma muy restringida, por ejemplo en las formas conjugadas de la preposición *imb* «alrededor de» (lat. *amb*, gr. ἀμφί, aaa. *umbí*, celtib. *ambi*- etc.), que se forman mediante la adición de pronombres personales. Así la tercera persona de singular femenino *impe*, procedería de **imb + siyam* > **imb'h'eya* > **imb'h'e*, donde el apóstrofo indica lenición y † la síncope, del contacto de las dos consonantes lenizadas surge /p/. El mismo encuen-

tro de consonantes se habría producido en la tercera persona del plural *impu* probablemente a partir de **imb'h'ü* < **imb'h'ü* < **imb-süs* y *süs* de un más antiguo **sös* < **sons*. Vid. R. Thurneysen, *A Grammar of Old Irish*, revised and enlarged edition with supplement, translated from German by D.A. Binchy - O. Bergin, Dublin 1980, § 451 y K. McCone, en: K. McCone - D. McManus - C. Ó Háinle - N. Williams - L. Breatnach (eds.), *Stair na Gaeilge, in ómós do Pádraig Ó Fiannachta*, Roinn na Sean-Ghaeilge, Coláiste Phádraig, Maigh Nuad 1994, p. 191, para la reconstrucción del paradigma de otra preposición conjugada.

¹⁰ Existe también cierta diferencia semántica, mientras *ortha* es una «oración» aprendida de memoria, recitada o cantada, y puede referirse al culto cristiano, pero

de la lenición, es porque entraron en el vocabulario irlandés cuando éste fenómeno había concluido. Y las grafías que aparecen aquí son el resultado de la peculiar forma en que se producen esos préstamos: entran por vía britónica una vez que el galés ha completado su propio proceso de lenición, que cambia las consonantes sordas en sonoras, pero continúa fiel en su notación al antiguo sistema latino, esto es, pronuncia *b* pero escribe *p*.

Dicho de otra forma y por poner un ejemplo, los irlandeses que toman estas palabras por la vía de la pronunciación de palabras latinas en el País de Gales oyen palabras como /po:gem/ para *pacem* o /kugaN/ para *coquina*, pero respetan la grafía latina *c* y así las incorporan a su vocabulario asimilándolas a sus propias consonantes, que han completado su propio proceso de lenición, por eso una palabra como *oróit* ya no sufre más cambios.

Este proceso es esencial en el posterior desarrollo de la lengua, ya que es responsable de todas las inconsecuencias de la notación ortográfica del antiguo irlandés. Dicha notación se basa en la ortografía latina pero con la pronunciación britónica, una pronunciación afectada por su propio proceso de lenición en el que las sordas intervocálicas se han convertido en sonoras (/k/ > /g/, /t/ > /d/, /p/ > /b/). Eso explica que en irlandés los signos gráficos para las consonantes sordas (c, t, p) se utilizan en determinados contextos¹¹ para los fonemas sonoros (/g/, /d/, /b/): escriben *popol* pero pronuncian [pobol]. Y a su vez las consonantes sonoras (g, d, b, m) que han sufrido también lenición y se pronuncian como fricativas sonoras (/ɣ/, /ð/, /v/, /v/), tanto en britónico como en irlandés, continúan escribiéndose como tales consonantes sonoras de acuerdo con la forma consagrada por la grafía, aunque su realización fonética sea como fricativas: escriben *domnach*, pero pronuncian [dovnax].

Condicionado por el conservadurismo gráfico y la influencia de la pronunciación britónica, el sistema ortográfico del antiguo irlandés es incapaz de indicar la lenición de las consonantes sonoras que se escriben siempre como tales, nunca como en irlandés moderno seguidas de una *h*, porque en latín no existen los grupos *gh*, *dh*, *bh*, *mh*. Sin embargo, puesto que en latín es posible encontrar las secuencias *ch*, *th*, *ph*, ésa fue la convención que se adoptó para notar la lenición de las consonantes sordas transformadas en irlandés en fricativas sordas.

Además de la lenición, otro de los fenómenos fonéticos más característicos es la nasalización por la que se transfiere esa cualidad de las consonantes nasales perdidas por el apócope a la primera consonante de la palabra siguiente. En lo que se refiere a su notación gráfica, puesto que en latín existen las secuencias *ng*, *nd*, *mb* es posible indicar la nasalización de las consonantes sonoras, pero desde el momento en que son desconocidos los grupos de nasal más sorda, el antiguo irlandés no nota la nasalización de las consonantes sordas.

En resumen, la grafía del antiguo irlandés puede indicar la lenición de las consonantes sordas, pero no la de las sonoras. A su vez no tiene dificultad en notar la nasalización de las consonantes sonoras, pero es imposible con las sordas.

Unos ejemplos pueden aclarar estas particularidades:

Así, *a thech* «su casa (de él)» con lenición ya que el pronombre posesivo es el heredero del antiguo genitivo del pronombre indoeuropeo **esio* terminado en vocal. La grafía *th* representa el fonema dental sordo lenizado, débil si se quiere, con una realización fricativa.

también se usa como «encantamiento», «hechizo», «ensalmo», *oróit* es «oración», probablemente más la de carácter ritual que la extemporánea, no tiene esas otras connotaciones y desarrolla un uso tardío con el concepto «a speech, oration». Vid. *Dictionary of the Irish Lan-*

guage (abreviado *DIL*), Royal Irish Academ, Dublin 1990, ss. vv.

¹¹ En posición media y final, de forma regular tras vocales y opcional tras consonantes, vid. excepciones y detalle en R. Thurneysen, *op. cit.*, pp. 22 ss.

Para el caso de las sonoras lenizadas, piénsese en *a guth* «su voz (de él)» pronunciada como una fricativa /ɣ/, igual que en *léigend* < *legendum*, pero sin notación ortográfica.

Respecto a la nasalización y utilizando los mismos vocablos, contrástese:

A tech «su casa (de ellos)» donde *t* se pronuncia *d* ya que está nasalizada. La causa de dicha nasalización, que conlleva una pronunciación de sonora fuerte, es el pronombre posesivo *a* que procede de un genitivo plural **esiom*. Se ha extendido aquí el mismo principio que veíamos en *póc* < *pacem* pronunciado a la britónica /po:g/, pero no hay ninguna notación gráfica.

En cambio, sí es posible registrar la nasalización en el caso de las consonantes sonoras: *a nguth* «su voz (de ellos)».

El sistema ortográfico del irlandés moderno no ha hecho sino extender este principio. En el ejemplo ofrecido puede observarse cómo en el caso de las sonoras nasalizadas la letra *n* que se escribe delante, *a nguth*, nota la realización fonética (la nasalización), fruto del cambio sufrido por la consonante en cuestión, mientras que la consonante indica cuál es la raíz originaria de la palabra (*g* en este caso). Pues bien, ese mismo principio se ha aplicado a la notación de las consonantes sordas: cuando está afectada por la nasalización se escribe delante de la consonante la correspondiente sonora que indica la pronunciación real. Así en irlandés moderno, *a dteach* «su casa (de ellos)» frente a *a theach* «su casa (de él)» como en air. *a thech*.

A su vez se ha aplicado la *h* para notar la lenición de las consonantes sonoras, cosa que no se hizo en antiguo irlandés por respeto a las normas gráficas latinas. Hoy se distingue en la grafía *a ghuth* «su voz (de él)» frente a *a nguth* «su voz (de ellos)» o *a guth* (de ella) sin lenición ni nasalización, puesto que esta forma procede de un genitivo singular **esias*¹².

El resultado es que ahora se notan ortográficamente ambos fenómenos (lenición y nasalización) en todos los casos. Y aunque el sistema parece a primera vista complicado, es sencillo y mucho más claro por ejemplo que el del galés, porque en irlandés siempre la primera consonante indica la pronunciación mientras la segunda conserva la consonante originaria del vocablo.

Hemos considerado esencial detenernos en este punto por ser la grafía uno de los puntos que más extrañeza causa a quienes se acercan por primera vez al irlandés, interesados por cuestiones lingüísticas o literarias. Sin embargo, la dificultad no es tanta.

Ciertamente los textos, antiguos y modernos son uno de los más preciados tesoros que reserva Irlanda al estudioso. Las fuentes para el período de esplendor del antiguo irlandés, el denominado Antiguo Irlandés Clásico que cubre los siglos VIII y IX, proceden fundamentalmente de los monasterios del continente donde los monjes irlandeses añadían glosas¹³ a los textos latinos que copiabán. La importancia de dichas glosas estriba justamente en que se encuentran en manuscritos

¹² La mutación producida por la *-s* final hay que encuadrarla entre otros ejemplos de la llamada geminación, consistente en la duplicación de la consonante inicial como consecuencia de la asimilación del final de palabra al inicio de la siguiente. Esta mutación no acarreo demasiadas consecuencias gráficas puesto que en el período del antiguo irlandés las consonantes geminadas están siendo simplificadas. Indudablemente al desaparecer por efecto del apócope la *-s* dejó una aspiración, que probablemente era sentida aún en el período más temprano (así el artículo es *in*, pero ante vocal se escribe *int* < **ind-h-* < **sindos*), pero que no había manera de representar. Sólo cuando la palabra siguiente comienza

por vocal se nota con *h-*, así se regulariza en irlandés moderno *a haois* «su edad (de ella)».

¹³ Las del *Codex Paulinus Wirzburgensis* son las más antiguas, mediados del siglo VIII (glosan trece epístolas de San Pablo), las del *Codex Ambrosianus* C. 301 en la Biblioteca Ambrosiana de Milán lo son a los salmos de David, inicios del siglo IX; el *Codex Sangallensis* N. 904 contiene dieciséis libros de la gramática de Prisciano, mediados del siglo IX. Existe una magnífica edición a cargo de W. Stokes y J. Strachan, *Thesaurus Palaeohibernicus. A collection of Old-Irish glosses, scholia prose and verse*, Cambridge 1901, con reimpresiones en 1975 y 1987 por el Dublin Institute for Advanced Studies.

contemporáneos y por tanto representan la lengua de ese período¹⁴. En muchos casos dichas glosas sólo nos dan el correspondiente irlandés del texto latino, otras son traducciones de pasajes un poco más largos y a veces verdaderas exégesis. A esto hay que añadir las preciosas cuartetas que a veces introduce un escriba dándonos cuenta de sus anhelos de vida retirada, sus preocupaciones ante la llegada de los vikingos o la imaginaria conversación con su gato. Esas pequeñas notas marginales constituyen los primeros testimonios de la poesía irlandesa¹⁵.

Ese período clásico del Antiguo Irlandés fue relativamente corto. Hay además razones suficientes para pensar que se conservaba un estado de lengua arcaico mantenido por los monjes, que continúan escribiendo como en el pasado dejando a un lado completamente la evolución de la lengua hablada. Ese uso vernáculo comienza a dejar su impronta en los textos escritos a partir del siglo X, pero con muchos matices. En la lengua de este período, siglos X al XII, conocida como Irlandés Medio es posible distinguir tres estratos: uno de formas antiguo-irlandesas incluidas las hipercorrecciones que pretenden mantener la fase más arcaica, ya obsoleta; un segundo estrato representado por el propio desarrollo lingüístico, la lengua contemporánea, sería el propiamente medio-irlandés; y un tercero apuntado por formas ya en sintonía con lo que será el Irlandés Moderno.

Esta suma de factores oscurece notablemente el entendimiento de los textos y es comprensible que hasta hace poco se prestara menos atención al estudio de este período, calificándolo de auténtico caos lingüístico comparable al que reina en el país como consecuencia de las invasiones nórdicas. Unas invasiones que con su carga de inestabilidad fueron quizás en última instancia las responsables de que se introdujeran nuevos usos en la lengua escrita.

Sin embargo, hoy muchos investigadores consideran que el Irlandés Medio es uno de los períodos más fabulosos y fascinantes. Sus textos revelan una lengua en movimiento constante, una lengua que se transforma y al tiempo se repliega sobre sí misma, buscando las formas más arcaicas. Y, lo que es más importante, se ha podido establecer que ese impulso se detecta ya en las propias glosas hasta el punto de que puede decirse¹⁶ que el Antiguo Irlandés Clásico era la forma en que se expresaban las personas cultas por razones de prestigio, aunque, como siempre ocurre, no pudieran evitar la presencia ocasional de elementos de la lengua vulgar, más próximos a lo que sería el nivel hablado que terminará por imponerse. Esa nueva forma lingüística es la que se denomina Irlandés Medio¹⁷. Es un proceso comparable en cierta medida con el del latín medieval respecto a las lenguas romances, un proceso que tiene su correspondiente más exacto en un período más avanzado de la lengua irlandesa en el siglo XVII, como veremos más adelante.

¹⁴ En el caso de los textos antiguo irlandeses de los códices medievales (*Leabhar Laighneach* o *Book of Leinster*, *Lebor na hUidre* o *The Book of the Dun Cow* y el manuscrito *Rawlinson B502*) siempre cabe la posibilidad de que el escriba modernice el texto introduciendo formas lingüísticas de su propia época. Sin detenernos aquí en detallar las diversas obras literarias que aparecen en dichos manuscritos, baste citar algunas de las más representativas: *Féilre Óenguso*, *Táin bó Cuailnge*, tratados legales y las primeras «sagas», una denominación incorrecta pero consagrada en inglés para referirse a distintos relatos en prosa, aunque intercalan verso, de contenido muy variado; a pesar de la impronta cristiana, evocan un mundo mucho más arcaico y pagano.

¹⁵ El interesado puede consultar, por ejemplo, G. Murphy, *Early Irish Lyrics*, Oxford 1956, reimpr. con introducción de T.Ó. Cathasaigh, Dublin 1998, una edición bilingüe con notas explicativas e índice de vocabulario que abarca desde el siglo VIII al siglo X.

¹⁶ Vid. K. McCone, «The Würzburg and Milan Glosses: Our earliest sources for the Middle Irish», *Ériu* 36, 1985, pp. 85-106.

¹⁷ Los manuscritos más importantes son: *Lebor na hUidre* (siglo XII), *Leabhar na Núachongbála* más conocido como *The Book of Leinster* (siglo XII), *Rawlinson B502* (= *Leabhar Glinne Dá Loch*, ca. 1120) que contiene el más importante de los textos *Saltair na Rann* (988). Otros: *Codex Palatino-Vaticanus 830*, *Liber Hymnorum, Harleian 1802*.

De entre los desarrollos lingüísticos que jalonan esta etapa de la lengua conviene resaltar en fonología cómo la denominada infección irlandesa, la desaparición progresiva de las vocales con la transferencia de sus rasgos distintivos a la consonantes más próximas, llega a afectar incluso a la sílaba inicial¹⁸. Esto es, a efectos de comparación lingüística, desde este momento ni siquiera la vocal de la sílaba inicial será relevante para la reconstrucción.

Digno de mención así mismo es la confusión de todas las vocales finales en sílaba abierta. Pueden encontrarse las notaciones más variadas, pero son sólo eso, notaciones de un timbre vocálico indistinto, una *íva*. La consecuencia directa es la ruina casi total del paradigma nominal. En ese sentido el verso¹⁹ es mucho más interesante ya que gracias al metro pueden identificarse muchas de las peculiaridades de la lengua, por ejemplo la cantidad de las vocales. En cierto modo viene a representar una parte tan representativa de la lengua como puedan serlo hoy las cintas magnetofónicas.

Quizás es en el verbo donde se producen los cambios más espectaculares y que dificultan más el entendimiento de los textos, afectan éstos a la remodelación de las desinencias, a la propia estructura verbal con una clara tendencia a la simplificación²⁰. No obstante, al ser un proceso en formación, en un mismo texto con unas líneas de diferencia podemos encontrar junto a una forma antigua perfectamente conservada la nueva que terminará por imponerse; y otro tanto ocurre cuando se cotejan las diferentes versiones de un mismo texto, a veces justamente el manuscrito más moderno ha conservado la forma verbal que correspondería al Antiguo Irlandés.

Es ésta otra de las disciplinas en las que el interesado en este período de la lengua debe iniciarse: la paleografía. Los escribas utilizan un sistema de abreviaturas verdaderamente sorprendente, adaptan las latinas y éstas, una vez aplicadas al irlandés, quedan fijas para siempre, perdida la conciencia de su origen. Por ejemplo, la abreviatura de lat. *quia*, la letra *q*, es usada no sólo en los casos en que aparece el equivalente irlandés de la conjunción latina, *ar*, sino en cualquier palabra que contenga

¹⁸ Esto significa que las vocales deslizando, las glides que tenían como único objeto indicar la cualidad de la consonante que seguía a continuación, y los segundos elementos de diptongos se imponen a las vocales principales de la sílaba. La innovación no es el proceso en sí, que se produce antes en final de palabra y en posición interna en el curso de la evolución del Antiguo Irlandés, sino que esto ocurre en sílaba inicial. Pueden citarse dos ejemplos: 1) La palabra para «hombre» *fer* en air. (< **weras* < **wiros* cf. lat. *vir*) frente a la moderna *fear* /*f'ar'*, donde lo que era una simple glide /*a*/ se ha impuesto a la vocal radical /*e*/ y desde el punto de vista de la grafía moderna la /*e*/ sólo indica la cualidad palatal de la consonante inicial. 2) Si en antiguo irlandés *béo* «vivo» se opondrá a *bó* «vaca», desde el momento en que se impone el segundo elemento del diptongo la única diferencia entre ambas palabras recaerá no en la vocal, sino en la cualidad palatal de la consonante en la primera palabra frente a la cualidad neutra de la segunda. Vid. con más detalle K. McCone, *Towards a relative chronology*, pp. 140 ss.

¹⁹ La obra más completa para la métrica sigue siendo la de G. Murphy, *Early Irish metrics*, Dublin 1961.

²⁰ El antiguo sistema de oposición entre formas deuterotónicas y prototónicas, verdaderamente complicado, se considera una característica redundante y se tiende a reducir e igualmente a crear verbos simples a

partir de los compuestos. La partícula *ro* deja de funcionar como aumento para dar el sentido de perfectivo o potencial y funciona como preverbo, que es como sobrevive en la lengua moderna. Desaparece también el sistema de pronombres infijados y se asiste al anquilosamiento del pronombre infijado neutro, conservado dentro de las formas verbales pero sin aportar significado alguno. Por poner un ejemplo, en Antiguo Irlandés el verbo *as-beir* «él dice», tiene un pretérito *as-bert* «él dijo» y un perfecto *as-rubart* «él ha dicho» donde la diferencia con el pretérito viene marcada por la partícula *ro*; en Irlandés Medio la forma con *ro* es la única usada pero con ambos significados, pretérito y perfecto, y sin ninguno de los matices que solía tener; de preverbo que era se convertirá en simple partícula conjunta, proceso en el que no podemos detenernos aquí. Sí interesa indicar que en Antiguo Irlandés una forma como *as-beir* significaba «él/ella lo dijo» siendo /*t*/ el pronombre neutro infijado. Dicho pronombre infijado en la fase de Irlandés Medio quedó petrificado (el verbo «morir» *at-bail* es el único en Antiguo Irlandés que presenta tal peculiaridad, para la que no se ha encontrado una explicación satisfactoria), como rasgo redundante aparece siempre pero ya sin significado alguno. A través de formas tardías como *atber*, *atbir*, *adbeir*, *adeir* se desembocará en la forma moderna *deir* (y *deireann* en el Munster).

dicha secuencia *ar*, basta añadir una *i* supraescrita para obtener una nueva abreviatura, la de *air*, por más que no exista ninguna similitud gráfica. Por citar otro ejemplo, pueden encontrarse especímenes tan curiosos como la abreviatura *bb* para David, explicable porque al pronunciarse /da:b'i/ se entiende en irlandés como «Dá. b.», esto es, «dos b»²¹.

A finales del s. XII emerge una clase de poetas²² que va a dominar las letras irlandesas por espacio de cuatro siglos. Ellos son los artífices del Irlandés Clásico. No puede determinarse si llegaron o no a convocar un sínodo a la manera de los eclesiásticos de la época, una reunión en la que se debatiera sobre la lengua, pero lo cierto es que lograron establecer un lenguaje literario que se mantuvo sin cambios hasta el siglo XVII. Con ellos aparecen nuevas normas de irlandés escrito, que llegan a nosotros gracias a los *Tratados Gramaticales*. Sus normas no afectan únicamente a la ortografía²³ sino igualmente a la gramática, la métrica, etc., y es notable el uso de terminología lingüística autóctona, así por ejemplo *ogham* designa el irlandés escrito frente a *gaoidhealg*, el hablado, conservado para referirse a la lengua hoy, *gaeilge*, gaélico.

Tanto la flexión nominal como el paradigma verbal se simplifican notablemente respecto a sus predecesores aproximándose mucho más a los dialectos actuales.

De la observación atenta de las formas citadas por dichos tratados y comparándolas con las usuales hoy día parece desprenderse que aceptaban tanto formas obsoletas conocidas sólo por los eruditos como formas habladas corrientes desde finales del siglo XII en diferentes partes del país²⁴. Conviene tener presente que durante esta misma época acostumbra a fecharse el proceso de formación de los dialectos, siglos XIII y XIV, proceso que suele ponerse en relación con los distintos avatares históricos que jalonan la vida irlandesa: invasiones anglonormandas, establecimientos escoceses en el norte, desplazamientos de población, mezcla de culturas²⁵.

El comienzo de los dialectos, de la lengua moderna, puede datarse a inicios del siglo XVII, cuando como consecuencia indirecta de la pérdida de la última batalla (Kinsale, 1601) contra los ingleses y el exilio de los nobles que sostenían con su patronazgo a los poetas y sus escuelas, éstas desaparecen.

²¹ Una obra recomendable por incluir reproducciones de los principales manuscritos de modo que permite acercarse a la historia de los mismos y familiarizarse con las distintas caligrafías es la de T. O'Neill, *The Irish Hand. Scribes and their manuscripts from the earliest times to the seventeenth century with an exemplar of scripts*, Portlaoise, The Dolmen Press, 1984. Apuntemos brevemente que la escritura latina semiuncial fue la usada en los manuscritos tanto para el latín como para el irlandés y que una forma modificada de la misma ha continuado hasta nuestros días, la denominada *an cló Gaelach* (lit. «la forma gaélica»). Aparece aún en publicaciones impresas de principios de siglo y en inscripciones públicas, en éstas más por razones sentimentales y estéticas. Vid. p. ej. B. Ó Cuív, «The changing form of the Irish language», en: B. Ó Cuív, (ed.), *A view of the Irish language*, Dublin 1969, pp. 22 ss.

²² Es preferible evitar el término bardo ya que en irlandés *baird* designa a una clase inferior por oposición a los *filidh* (sg. *file* «vidente»), quizás herederos de la antigua clase de los druidas y de ahí sus eternos problemas con el clero, vivos aún hoy en el folklore. Los bardos,

que aparecen sólo incidentalmente en referencias escritas, desempeñaron no obstante un papel importante en la literatura de entretenimiento.

²³ Por primera vez, por ejemplo, se escriben las consonantes sonoras lenizadas sirviéndose de la *h* o más frecuentemente del *punctum delens* y se extiende el uso de *a* delante de consonante no palatal. Sin embargo, la notación que se estableció era la adecuada para el sistema de sonidos del irlandés hablado en el siglo XII, sin que hubiera revisiones posteriores. En esa larga etapa con cambios fonéticos muy considerables los poetas en sus escuelas fueron capaces de mantener una ortografía y pronunciación artificial en el recitado de sus largas composiciones. Sólo los errores inesperados de los escribas revelan la verdadera situación contemporánea con diferencias dialectales.

²⁴ Por ejemplo, el reconocimiento de varios modelos de declinación de un mismo nombre, hecho que guarda relación con los cambios que tienen lugar en la etapa del Irlandés Medio, ayuda a reconocer y explicar las formas dialectales actuales, divergentes en algunos casos.

²⁵ Th.F. O'Rahilly, *Irish Dialects. Past and Present*, Dublin 1932, reimpr. 1972, pp. 248 s.

Lo que entonces fue considerado como una victoria puesto que consiguieron salvar sus vidas y creyeron que se trataría de una retirada provisional, siempre a la espera de nuevas ayudas del rey de España, a la larga se vio que fue el final de toda una época²⁶.

La lengua anquilosada y encorsetada en los modelos de los clásicos comenzará a ser sustituida a finales de la centuria por los dialectos²⁷. Lo difícil es determinar hasta qué punto dichas variedades dialectales son antiguas y en qué circunstancias se originan²⁸.

Si pensamos en una línea imaginaria que una Dublín en la costa este y Galway en el oeste tendremos una visión aproximada de la división entre irlandés del norte e irlandés del sur, tal y como fue establecida por Th.F. O'Rahilly²⁹.

²⁶ Vid. en B. Ó Cuív, *Irish dialects and Irish-speaking districts. Three lectures*, Dublin 1951, pp. 15 ss., el contexto histórico, así como los datos concretos por regiones y épocas relativos a la disminución de hablantes y el consecuente declive de la lengua, a pesar de que hasta entonces no puede hablarse de imposición sino de convivencia pacífica. Cf. M. Ó Murchú, *The Irish language*, Dublin 1985, pp. 25 ss. Vid. también el artículo de M. Wall, «The decline of the Irish language», en: B. Ó Cuív, (ed.), *A view of the Irish language*, Dublin 1969, pp. 81 ss.

²⁷ La tendencia hacia lo arcaico y obsoleto tanto en vocabulario como morfología, dicción, métrica y la propia pronunciación a despecho de la lengua hablada, era tan acusada en poetas, anticuarios y juristas que en más de una ocasión se oírían palabras semejantes a éstas en boca de los nobles: «An excellent poem, only I do not understand a word of it!» (Th.F. O'Rahilly, *op. cit.*, p. 252). Sólo los escritores no profesionales (prosistas, médicos) que escriben en un estilo llano, simple, pueden darnos algunas claves del habla de su época. Obras de devoción como el *Desiderius* (1616), que eran accesibles a un público no muy educado, se escriben buscando la corrección y la elegancia. Probablemente tratándose de literatura escrita no podía ser de otra forma, no tenemos medio de acercarnos a comprobar la diferencia que separaba dicho nivel lingüístico del popular. Pero lo que sí es cierto es que con los cambios sociales la casta literaria se convertirá en un anacronismo condenado a desaparecer. El cultivo de la literatura quedará relegado al olvido o en manos del pueblo, los nuevos poetas que en especial en el sur comienzan a dejar su huella en la segunda mitad del siglo XVI apelan a sus paisanos, no a una corte restringida y selecta (Th.F. O'Rahilly, *op. cit.*, pp. 252 ss.). En este sentido conviene tener presente que Seathrún Céitinn, anglicizado Keating, el gran autor del siglo XVII, es el primero en abandonar el verso silábico de las escuelas bárdicas por un sistema acentual basado en el número de acentos por línea y en algunos de sus pasajes se pueden rastrear huellas de pronunciación dialectal en lugar de la clásica.

²⁸ B. Ó Cuív (*Irish dialects and Irish-speaking districts. Three lectures*, Dublin 1951, pp. 38 s.) subraya muy acertadamente cómo los cambios avanzan lentamente y han de generalizarse antes de pasar a la lengua escrita, incluso

algunos nunca alcanzan ese grado; aun considerando la posibilidad de que las tendencias que causaron los cambios del Antiguo al Irlandés Medio varían de una región a otra, en las fuentes escritas no pueden trazarse desarrollos dialectales, sólo las grandes líneas de evolución. Th.F. O'Rahilly (*op. cit.*, pp. 5 ss., pp. 249 s.) indica que antes del siglo XIX sólo ha encontrado tres referencias a dicha división (1577, 1600 y 1742). Las clases letradas tenían su propio irlandés normalizado, separado de la lengua popular, y a pesar de que los frecuentes viajes de los poetas facilitarían el contacto y la conciencia de las diferencias, nunca hacen alusión a ellas. No parecen haber rendido mucho fruto los intentos de retrotraer la diferencia dialectal hasta la época del antiguo irlandés, si bien es posible que algunos fenómenos lingüísticos con variedad de resultados guarden relación con tal hecho (puede consultarse A. Ahlquist, «Remarks on the question of dialects in Old Irish», en: J. Fisiak, (ed.), *Historical dialectology*, Berlin-New York 1988, pp. 23-38). Esa ausencia de variantes dialectales concuerda, por otro lado, con el control efectivo que la clase letrada ejercía desde los monasterios. Al parecer las primeras pruebas son posteriores a la invasión anglonormanda y muy escasas antes del siglo XV. Si el estudio de los dialectos se hubiera emprendido hace dos centurias, quizás tendríamos una respuesta más satisfactoria. Th.F. O'Rahilly (*op. cit.*, pp. 13 ss.) llama la atención sobre hecho de que incluso cuando se recupera el orgullo por la lengua, instituciones como la Royal Irish Academy no prestan atención a los dialectos hasta 1927 (año en que se publica un artículo de A. Sommerfelt, «Munster vowels and consonants», *PRLA* 37 C 2, 1927, pp. 195-244), las primeras gramáticas aluden en todo caso a «incorrecciones»; inconscientemente, incluso entre los entusiastas fundadores de la *Gaelic League*, subyace la antigua idea de que la lengua del pueblo es un habla corrupta propia del campesinado iletrado.

²⁹ No tratamos aquí el escocés o gaélico de Escocia (hasta el siglo XVI el inglés utiliza «Scottish» para referirse a la lengua nativa, en los siglos XVII y XVIII «Irish» o «Erse»), aunque su desarrollo histórico, las peculiaridades arcaizantes que presenta así como la consideración de su influencia en la configuración del dialecto del Ulster (Th.F. O'Rahilly, *op. cit.*, p. 261) le hacen merecedor de un puesto destacado en la formación de cualquier celta.

Las diferencias entre los tres dialectos (Munster en el sur, Connacht en el centro-oeste, Ulster en el norte) afectan fundamentalmente a tratamientos fonéticos³⁰ pero también a los morfológicos y sintácticos así como a las diferencias léxicas. En este sentido es notable que, mientras el dialecto del sur es mucho más conservador desde el punto de vista morfológico, el del Ulster lo es desde el punto de vista fonético. Así quizás la característica más notable del sur es el desarrollo de un acento secundario que viene a compensar la situación inestable provocada por el fuerte acento inicial³¹. En el Munster se conservan formas de genitivo y dativo totalmente perdidas en el norte y, lo que es más importante, preserva las desinencias personales en el verbo incluso extendiéndolas analógicamente en lugar de optar por una forma única (3.ª sg. en origen) seguida del correspondiente pronombre personal, que es la solución que han adoptado los otros dialectos y hoy la reconocida por la lengua normalizada³². Curiosamente este contraste entre formas sintéticas y analíticas tiene paralelos en formas dialectales en francés, italiano y alemán, con la misma oposición, más sintético en el sur y más analítico en el norte³³. De hecho y a grandes rasgos³⁴ puede decirse que mientras las innovaciones verbales, características del Ulster, de hecho remontándonos más al norte, desde el escocés³⁵, avanzan hacia el sur, las innovaciones fonológicas, típicas del Munster avanzan en dirección norte.

³⁰ Los más destacados: *ao* pronunciado *le:/* en Munster frente a *li:/* en Connacht y Ulster, diferencias en el tratamiento de los grupos */cn/* y */gn/*, las consonantes */bh/* */mh/* palatales en posición media, las mutaciones tras *ná*, los tratamientos de vocales ante líquidas o los finales *-igh*; *-adh*; *-bh*, *-mh*, *-ibh*, *-imb* pueden seguirse cómodamente en la obra de Th.F. O'Rahilly. Un estudio pormenorizado a cargo de los mejores especialistas de cada dialecto figura en la obra conjunta K. McCone - D. McManus - C. Ó Háinle - N. Williams - L. Breatnach (eds.), *Stair na Gaeilge, in ómós do Pádraig Ó Fiannachta*, Roinn na Sean-Ghaeilge, Coláiste Phádraig, Maigh Nuad 1994, cuya versión inglesa está en preparación.

³¹ Vid. supra nota 6. Cuando la segunda sílaba es larga, el irlandés del Munster desplaza el acento a esta posición, e incluso a la tercera siempre que las dos precedentes sean breves, mientras en el Ulster se ha recurrido a otra solución: abreviar la sílaba átona. Y en Connacht, esto es en el oeste, la región en torno a Galway, se ha mantenido la situación originada en el antiguo irlandés: el acento en la primera sílaba y la segunda sílaba alargada. Las posiciones respecto al origen de este fenómeno varían entre quienes lo consideran una evolución interna o quienes subrayan la influencia del contacto con otras lenguas. Aunque hoy parece superada la explicación de Th.F. O'Rahilly (*op. cit.*, pp. 86 ss.) en relación con el francés y el inglés traído por los invasores anglonormandos, se sigue subrayando con más o menos hincapié como desencadenante del fenómeno la entrada de vocablos ingleses con vocal larga en sílaba no inicial (V. S. Blankenhoen, «Pitch, quantity and stress in Munster Irish», *Éigse* 18, 1980-81, pp. 225-250; D. Ó Sé, «Contributions to the study of word stress in Irish», *Ériu* 40, 1989, pp. 147-178).

³² Las formas sintéticas también se usan ocasionalmente en Connemara (una región de Connacht) y en el Ulster. Y, por ejemplo, si aún en el Irlandés Clásico pervivían las preposiciones que regían dativo, acusativo o ambos, el uso del dativo que comporta lenición se ha generalizado en el Ulster, mientras el acusativo con la consiguiente nasalización se ha impuesto en el Munster y Connacht, aunque aquí hay huellas del dativo, e igualmente el dativo se mantiene incluso en el Munster con determinadas preposiciones.

³³ Lo curioso en este caso es que al cruzar el Canal de la Mancha si bien es cierto que el verbo continúa siendo más analítico en el sur de Inglaterra (igualmente las lenguas escandinavas muestran esa inclinación, cf. K.H. Jackson, en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, p. 3), en Irlanda se rompe esa línea y en lugar de seguir la tendencia hacia formas cada vez más analíticas, se repite el mismo esquema de oposición entre el sur y el norte.

³⁴ Esta afirmación no pretende sino presentar el hecho de forma general para el profano en la línea de Th.F. O'Rahilly, *op. cit.*, pp. 246 o 250 donde reproduce una afirmación de R. Stanyhurst en su *Description of Ireland* (1577): «Ulster possesses only the right phrase, Munster has only the true pronunciation, Leinster has neither the one nor the other, and Connacht has both». Naturalmente sería necesaria la colaboración de, al menos, tres especialistas para poder ofrecer toda la gama de matices y opiniones.

³⁵ Tanto el dialecto del Ulster, cuanto más el escocés son muy conservadores en fonología. Por ejemplo, en escocés nunca se ha producido la evolución air. *fer* > mod. ir. *feair* /*fair*/, en escocés *feair* continúa siendo pronunciado /*fair*/ como en antiguo irlandés. Igualmente se ha mantenido en el gaélico de Escocia la pronunciación arcaica, la misma del antiguo irlandés, del grupo *ui*, sin

En esta especie de lucha singular entre dialectos del norte y del sur que parece reproducir el esquema de la gran obra épica irlandesa, la *Táin bó Cuailnge*, si bien en este caso el objeto de discordia era un toro, el dialecto de Connacht queda en el medio. Por ejemplo, el cambio acentual del sur llega hasta la bahía de Galway. Dependiendo de las zonas comparte rasgos con los del norte o con los del sur, lo cual no quiere decir que no tenga rasgos propios, de hecho es una de las zonas más emblemáticas por el vigor del irlandés y la tradición antigua³⁶. Probablemente tuviera razón Th. F. O'Rahilly³⁷ al decir que la batalla lingüística norte / sur nunca culminó, sino que se vio truncada por el triunfo del enemigo común, el inglés.

Por supuesto hay que tener presente que las diferencias fonológicas, gramaticales y léxicas no se limitan a estos tres grandes grupos dialectales, las diferencias subdialectales entre parroquias constituyen un elemento sumamente enriquecedor y desde luego provocan polémicas sobre cuál es el mejor irlandés. Si el castellano de Valladolid tiene fama de corrección, Brian Ó Cuív³⁸ relata la anécdota de que habiendo preguntado alguien dónde está Ballyvourney, villa en el oeste de Cork con similar renombre, alguien respondió «Sure, Ballyvourney is the capital of Ireland».

Sin lugar a dudas la tarea primordial para el estudio de los dialectos es el trabajo de campo *in situ*, labor ardua y placentera a la vez si se tiene el gusto de la lengua y la habilidad suficiente para conectar con los nativos, auténticas bibliotecas vivas de un pasado que irremisiblemente se pierde.

asimilación de /u/ a la palatal siguiente, como ocurre en irlandés a partir del siglo XVII, pese a que mantenga la grafía antigua. Por poner un ejemplo, *uisce*, en el gaélico de Escocia /uSg'i/, en el de Irlanda /iSg'i/; *uisce beatha* «agua de vida» es el origen del inglés «whisky». Otra característica arcaizante es la conservación del hiato, vocales contiguas en dos sílabas diferentes pronunciadas separadamente, rasgo que se ha perdido durante el período de Irlandés Medio, incluso Antiguo; a pesar de que se reconozca su uso en el verso de época clásica (1200-1600) por ejemplo en préstamos como *Seán* < anglonormando *Jehan* (lat. *Ioannis*) frente a *Seán* /sho:n/, las hipercorrecciones del tipo *Día* «Dios» disílabo (en *Saltair na Rann* 1905, 2033, 2685 mientras en monosílabo en otros casos, vid. *DIL* s. v.) por influencia de *día* «día» indican que estamos ante una doble posibilidad. D. Greene (en B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish Language*, Dublin 1969, p. 18) lo compara con la doble posición de la /h/ inicial, desaparecida en la propia Inglaterra, pero conservada en algunos cientos de palabras y por supuesto en Irlanda, Escocia y América. En el contexto de la filología clásica podría compararse con las burlas de Catulo a los *poetae novi* en su empeño por reproducir las aspiraciones griegas en inicial de palabra.

³⁶ Quizás la innovación más destacada es que la vocal átona histórica, la *va* se ha convertido en *li*, *baile* > *baili* /bal'i:/ «casa; lugar, ciudad», de donde ha pasado al inglés Bally- y como tal extendido por todo el país en innumerables topónimos: *Baile an Fheirtéaraigh*, anglicizado *Ballyferriter*, *Baile Bhuirne*, anglicizado *Ballyvourney* o el nombre gaélico de Dublín, *Baile Átha Cliath*.

³⁷ *Op. cit.*, p. 264. Se tornan vanas las especulaciones sobre las posibilidades que habría tenido el irlandés

del sur, más homogéneo y en proceso de expansión. A su favor jugaba también una relación muy íntima con la tradición literaria capaz de generar una lengua normalizada. Vid. en ese sentido las observaciones del profesor Ó Cuív (*Irish dialects and Irish-speaking districts*, p. 55) y su valoración casi profética del papel que desempeñaría el irlandés de Galway.

³⁸ *Irish Dialects and Irish-speaking districts. Three Lectures*, Dublin 1951, p. 55, vid. pp. 56 ss. a propósito de las áreas intermedias ejemplificado con los dialectos de Cork. Otra cuestión sumamente interesante es que si bien no hay diferencias socioeconómicas suficientemente acuciadas para poder distinguir entre niveles lingüísticos diferentes dentro de los hablantes nativos en la Gaeltacht, no es menos cierto que se puede distinguir un registro más alto, conservado en canciones, oraciones y cuentos, en algunos casos arcaísmos notables, en otros usos artificiales, pero en cualquier caso características que se apartan del uso común del dialecto y que un mismo hablante conoce y emplea dependiendo de la ocasión. Brian Ó Curnáin ha trabajado en ese sentido en un dialecto del oeste de Connemara: *Aspects of the Irish of Iorras Aithneach, County Galway*, Ph D thesis NUI, 1996 y *The Irish of Iorras Aithneach, County Galway*, (en prensa). Quizás lo más interesante es que pueda plantearse la posibilidad de seguir las diferencias dialectales en la literatura oral, investigar los rasgos que usa cada dialecto en ese nivel más elevado. Máxime si lo utilizamos como contrapunto de la situación dialectal griega, donde cada dialecto se especializará y consagrará como género literario, pero en Homero, al menos en la redacción que llega a nosotros, conviven características de todos ellos.

Garantes de una tradición fuerte y poderosa, revelan no sólo perlas lingüísticas sino que al tiempo transmiten todo el caudal de sus historias, cuentos populares y creencias paganas bien avenidas con las doctrinas de la Iglesia Católica³⁹.

Sin embargo, fruto de las guerras, la imposición del inglés por la fuerza primero⁴⁰, después como un clavo ardiendo al que agarrarse para escapar del hambre en busca de nuevas tierras, la zona o zonas donde la lengua sigue viva, en irlandés Gaeltacht, se mantienen como islotes cada vez más reducidos donde la civilización moderna deja inexorablemente una huella tan profunda que amenaza con borrar todos los trazos del pasado.

Existen otras vías de aproximación: el estudio pormenorizado de los manuscritos medievales y modernos puede arrojar luz sobre las peculiaridades dialectales. Los descuidos del escriba, que por falta de educación o por evitar arcaísmos, se desliza a la lengua hablada y deja huellas de la misma

³⁹ Vid. en especial S. Ó Súilleabháin, «Irish Oral tradition», en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, Dublin 1969, pp. 47-56; y para los problemas concretos de la Gaeltacht los artículos en el mismo volumen de C. Ó Danachair «The Gaeltacht» y B. Ó Cuív «Irish in the modern world», pp. 112 ss., así como B. Ó Cuív, *Irish dialects and Irish-speaking districts. Three lectures*, Dublin 1951, p. 27 ss. Éstos pueden resumirse a grandes rasgos como sigue: disminución de áreas y población, por más que el Estado por razones políticas no esté dispuesto a reconocerlo y mantenga los mapas del siglo pasado. Deterioro de la lengua por la desaparición de hablantes monolingües de la última generación. Dificultad de mejora económica compatible con la preservación de la lengua (la introducción de industrias ha supuesto también la incursión de hablantes ingleses, pueden aducirse paralelos en Gales). Los medios de comunicación al aproximar el mundo exterior pueden producir una reacción psicológica contraproducente que conduzca al abandono de las antiguas costumbres en pos de «adelantos» y «mejoras» del mundo moderno, quizás especialmente entre los jóvenes y como forma de protesta que después ellos mismos destierran. Es de lamentar la pérdida progresiva de la riquísima tradición oral, que sin los esfuerzos de la Comisión para el Folklore Irlandés probablemente se habría perdido para siempre. No obstante, conviene tener presente que del mismo modo que algunos aspectos de la cultura tradicional están muy vivos en distintas regiones (la música por ejemplo en el condado de Clare y al este de Kerry), aunque no lo esté la lengua, la Gaeltacht no es ni debe ser un mundo cerrado a la cultura internacional; el ideal es preservar lo propio sin desdeñar lo ajeno, aunque no sea siempre fácil. En muchos casos el abandono del idioma es consecuencia del aumento de matrimonios mixtos favorecido por el uso de medios de locomoción modernos, en especial el automóvil.

⁴⁰ La lengua era considerada con más hostilidad que la propia religión católica, más que suprimir ésta de lo que se trataba era de extinguir una nación. En ese sentido el Trinity College de Dublín es fundado en

1591 como un agente de conquista en un momento en que con excepción de algunas ciudades y zonas limítrofes en todo el país se hablaba irlandés e incluso en esas zonas la mayor parte de la población era bilingüe. Pero quizás lo más importante es que en realidad la Iglesia Católica, a diferencia de lo que ocurrió con la Iglesia Anglicana en el País de Gales, no se convirtió en un baularte lo suficientemente firme para la defensa de la lengua nativa. Si en el momento de la fundación del Trinity la actitud era claramente favorable al irlandés (las homilías son frecuentes en esta lengua en Dublín hasta mediados del siglo XVIII) y durante la primera mitad del siglo XVII se realiza un gran esfuerzo por imprimir obras devotas, en especial por parte de los franciscanos, la fundación del Royal College of St. Patrick en Maynooth (1795) marca el punto de inflexión final, el inglés se convertirá en la lengua oficial de la Iglesia en Irlanda. No sólo se verá afectada la educación de los sacerdotes, sino que consecuentemente en las escuelas elementales y secundarias católicas, que comienzan a establecerse, la lengua irlandesa es ignorada. La debacle será total una generación después por efecto de los políticos populares (O'Connell a pesar de su lucha denodada por la independencia rehusa el irlandés en sus discursos multitudinarios iniciando una línea imparable en la carrera de la propaganda y las marchas guerreras), la imposición de las Escuelas Nacionales, las hambrunas y la emigración que diezman la población harán el resto. Los movimientos de «restauración» llegarán tarde, a veces incluso con enfoques equivocados. A pesar de su entusiasmo y logros muy notables, no consiguieron preservar y extender el uso de la lengua hablada. (Vid. Th.F. O'Rahilly, *Irish Dialects. Past and Present*, Dublin 1932, reimpr. 1972, pp. 8 ss.; M. Wall, «The decline of the Irish language», T. Ó hAilín, «Irish revival movements» y T. Ó Fiach, «The language and political history», en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, Dublin 1969, pp. 81 ss.; C. Ó Huallacháin, *The Irish and Irish. A sociolinguistic analysis of the relationship between a people and their language*, Dublin 1994).

en la notación ortográfica, son auténticas joyas en ese sentido⁴¹. Igualmente la atención a la pronunciación local de palabras conservadas en distritos anglizados⁴², en especial topónimos, puede ser muy rentable. En este sentido la situación es comparable a la encomiable tarea del estudio de hidrónimos y topónimos prerromanos, que ayudan a desvelar las características de las lenguas habladas en la Península Ibérica antes de la imposición del latín.

Conviene tener presente que la convivencia entre dos lenguas modifica necesariamente algunos hábitos lingüísticos, determinadas estructuras pasan de una lengua a la otra sin que el hablante sea perfectamente consciente de ello⁴³. Y esto no sólo en las personas bilingües, —los emigrantes irlandeses sufrieron en sus propias carnes el oprobio de las burlas que su peculiar inglés causaba en los países de acogida y en ocasiones eso les determinó a procurar que sus hijos recibieran una educación distinta⁴⁴— también los anglohablantes que han crecido en un medio fundamentalmente irlandés incorporan inconscientemente estructuras irlandesas. Así el abuso del auxiliar *do* en el inglés de Irlanda, incluso con la cópula, *he does be, he bees*, suele ponerse en relación con el presente habitual irlandés *bíonn* «suele ser»⁴⁵. Piénsese en el uso incorrecto del potencial en las cláusulas condicionales castellanas en especial, pero no exclusivamente, en el País Vasco y zonas limítrofes. En el

⁴¹ Sin embargo, como indica Th.F. O'Rahilly (*Irish Dialects. Past and Present*, Dublin 1932, reimpr. 1972, p. 3), apenas contamos con manuscritos procedentes de las zonas ahora completamente anglizadas; la mayor parte de los modernos fueron escritos en seis u ocho condados, en especial el Munster y no pueden proporcionarnos información sobre los otros; y en ocasiones siendo posible identificar determinadas peculiaridades uno se enfrenta a la dificultad de no conocerse con exactitud la procedencia o el autor. B. Ó Cuív (*Irish dialects and Irish-speaking districts. Three lectures*, Dublin 1951, pp. 41 s.) insiste en la importancia del estudio de los anales y textos médicos donde la notación ortográfica es más laxa. Así las evidencias de manuscritos de los siglos XVII y XVIII con formas no reconocidas en el Irlandés Clásico le permiten concluir que desarrollos fonéticos comunes hoy en Irlandés Moderno remontan a una época mucho más lejana de lo que comúnmente se sostiene. Otra fuente interesante son las composiciones en metros no silábicos sin olvidar que también conviven en ellas pronunciaciones arcaicas o poéticas utilizadas con fines métricos.

⁴² D. Greene (*The Irish language. An Ghaeilge*, Dublin 1966, p. 6) indica que sólo leyendo a Synge y otros autores que tratan de reproducir el inglés de Irlanda puede aprenderse mucho sobre la lengua. Remite a un estudio de P. Henry, *Anglo-Irish Dialect of North Roscommon*, que no he podido localizar.

⁴³ No obstante, un estudio breve de G. Mac Eoin («Linguistic contacts in Ireland», en: P. Sture Ureland (ed.), *Die Leistung der Strataforschung und der Kreolistik. Typologische Aspekte der Sprachkontakte. Akten des 5. Symposions über Sprachkontakt in Europa*, Mannheim 1982, Tübingen 1982, pp. 227-235) muestra la escasa influencia que han tenido sobre el irlandés las distintas lenguas con que ha estado en contacto.

⁴⁴ Las noticias más tempranas sobre familias nativas que ponen a sus hijos a aprender inglés datan al parecer de 1627 (B. Ó Cuív, *Irish dialects and Irish-speaking districts*, p. 18). Algunos ejemplos de métodos coercitivos y «salvajes» son citados por M. Wall, «The decline of the Irish language», en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, Dublin 1969, p. 86.

⁴⁵ D. Greene, *The Irish language*, Dublin 1966, p. 47. Otros ejemplos son el uso común de «it's» para subrayar un elemento de la frase en relación con construcciones irlandesas: *is múinteoir atá ina chónaí anso* «es un maestro el que vive aquí», con paralelos no sólo en francés «c'est», como indica el mencionado autor (*ib.*, p. 42), sino también en castellano. En este sentido es digna de mención la similitud de usos en la oposición «ser/estar», «is/tá», en cuyo caso el español es aún más innovador, ya que *tá* en irlandés no se ha extendido fuera del tema de presente. Igualmente significativo es el hecho de que el irlandés no sólo sea capaz de distinguir una forma continua de presente (*I am going / I go*), sino que mientras esto es relativamente tardío en inglés, en irlandés el uso de *tá* con el nombre verbal está atestiguado ya en antiguo irlandés (*ib.*, p. 47). Muy interesante resulta también la posibilidad de distinguir una forma perfectiva del verbo —un rasgo muy importante en la discusión del aspecto en indoeuropeo (conservado en lenguas eslavas y crucial para el entendimiento del perfecto griego)—, «*ar léigh tú "Ulysses"?*» «¿Leíste el *Ulysses*?» frente a «*an bhfuil "Ulysses" léite agat?*» «¿Tienes leído el *Ulysses*?» o «¿has terminado de leer el *Ulysses*?» (si se tiene la información previa de que lo está leyendo), haya su correspondiente en el anglo-irlandés «*Did you (ever) read "Ulysses"?*» / «*Have you "Ulysses" read?*», nótese el orden de palabras en este caso (*ib.*, p. 49).

aprendizaje de los jóvenes hoy se registra justamente el proceso contrario, trasladan estructuras inglesas a su recién aprendido irlandés⁴⁶.

Si bien no puede afirmarse de una manera tajante que las diferencias dialectales sean abismales, sí que es cierto que se han visto acuciadas por la distancia geográfica y al verse separados los hablantes por zonas donde hoy sólo se habla inglés. En cierta manera el desarrollo de una emisora de radio autóctona, Raidió na Gaeltachta, y más tarde un canal televisivo ha contribuido enormemente a facilitar el entendimiento entre los hablantes al promover emisiones donde tienen cabida los distintos dialectos. En este sentido puede ser significativo que una iniciativa llevada a cabo en los años treinta por nativos de Donegal, Connemara y Munster de establecerse en el condado de Meath, en el centro de Irlanda, con el sueño romántico de recuperar el viejo territorio de Tara, la antigua capital, de donde fueron expulsados por Cromwell, terminó en fracaso, ya que las dificultades llegaban al punto de hacerles preferible usar el inglés como *lingua franca*. De hecho hoy sólo sobrevive en Ráth Cairn y no en muy buenas condiciones el irlandés de Connemara, fruto de una segunda experiencia con hablantes procedentes únicamente de esta región del oeste. Indudablemente tuvieron que arrostrar la dificultad de encontrarse aislados, sin escuelas e iglesias propias, la ayuda gubernamental gestionada por Éamon De Valera se limitó a cederles tierras. Pero aun así es un ejemplo suficientemente significativo del grado de entendimiento mutuo⁴⁷.

Sin lugar a dudas el grado de inteligibilidad depende naturalmente del nivel cultural del comunicante. Es un hecho bien contrastado si se consideran, por ejemplo, las posibilidades de

⁴⁶ B. Ó Cuív (*Irish dialects and Irish-speaking districts*, p. 54) señala cómo la adaptación de vocablos no supuso peligro alguno cuando gozaba de buena salud, fenómeno también muy frecuente en galés. En el contexto de la filología clásica cabe recordar los sarcasmos de Catulo hacia los *poetae novi* que por su afición a tomar préstamos griegos no dañaron, sino que enriquecieron el latín y lo mismo podría decirse de cualquier otra lengua. Sólo cuando los hablantes en lugar de dominar la propia acuden a la ajena trasladando estructuras y giros es cuando hay motivos serios para preocuparse por su supervivencia, en especial en el caso de una lengua minoritaria. De ahí los lamentos de algunos autores sobre el empobrecimiento de la misma incluso en la Gaeltacht (C. Ó Danachair, «The Gaeltacht», en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, p. 119; vid. en B. Ó Cuív, *Irish dialects and Irish-speaking districts*, p. 58 un caso de diferencias fonéticas por grupos de edad).

⁴⁷ B. Ó Cuív (*Irish dialects and Irish-speaking districts*, pp. 48 ss.) subraya con numerosos ejemplos que en Irlanda la transición es gradual y cómo zonas relativamente lejanas comparten correspondencias significativas y sorprendentes. Como factor determinante debe considerarse la situación de aislamiento y confinación a la que hoy se ven reducidos los dialectos. Separados por amplias franjas donde el inglés se ha impuesto sin discusión alguna, carecemos de los datos suficientes para matizar, igual que no podemos contrastar la afirmación de

San Jerónimo sobre la proximidad lingüística entre gálatas y tréveros (Migne, *PL* 26, 357). Quizá si pudiéramos trazar todas esas características encontraríamos una explicación tanto para las similitudes como para las diferencias, ya fuera aplicando la teoría de las ondas o sirviéndonos de los datos históricos, por ejemplo, los movimientos de población (vid. en este sentido las conclusiones de B. Ó Cuív, *Irish dialects and Irish-speaking districts*, pp. 70 ss. para los dialectos de Cork). Pero en lugar de una línea continua sólo contamos con puntos aislados y alejados entre sí. Si *mutatis mutandis* tomáramos como paralelo el caso griego, habría que tener presente situaciones muy diversas: así difícilmente podrían explicarse las semejanzas entre el arcadio y el chipriota, si no se tuviera conocimiento de los movimientos migratorios griegos durante la Edad Oscura y, aun así, hay diferentes interpretaciones por ejemplo en cuanto a la filiación del panfilio (vid. M. García Teijeiro, «Reflexiones sobre la clasificación dialectal del panfilio», en: *Athlon. Saturata grammatica in honorem Francisci R. Adrados*, Madrid 1984, vol. I, pp. 191-197). Si en Homero son detectables diversas fases dialectales y otro tanto puede decirse de las inscripciones tardías donde los rasgos de la *koiné* empiezan a dejar su huella, en los manuscritos irlandeses tenemos el proceso contrario: en medio de un lenguaje normalizado aparecen leves huellas del desarrollo dialectal. Una situación quizás más similar a la que puedan detectar los romanistas en manuscritos latinos tardíos de procedencia diversa.

entendimiento mutuo entre hablantes de diferentes lenguas romances: según el grado de formación así la dificultad o facilidad para aprender o entender una lengua hermana. Del mismo modo a un hablante del Munster le puede resultar relativamente sencillo el estudio del escocés, pero objetivamente hablando la comprensión mutua es pequeña, si bien las dificultades disminuyen por ejemplo respecto a un irlandés del norte.

En este sentido un análisis estadístico basado en el vocabulario gaélico⁴⁸ sobre un cuestionario entre hablantes nativos arroja los siguientes resultados: los dialectos irlandeses conservan más afinidades con el Antiguo Irlandés que las que pueda mantener el escocés; dentro de aquéllos los de Munster (en especial Corca Dhuibhne o Península de Dingle) y Donegal muestran un grado de afinidad léxica superior al de Connemara. Ese carácter arcaico, que opera de manera diferente en morfología y fonología, concuerda con lo esperable tratándose de dialectos situados en los extremos, si se aplica la terminología de la teoría de las ondas⁴⁹. No obstante, la figura que se revela en la comparación de los tres grupos apunta más a un triángulo, sin que ninguno de los dialectos pueda considerarse completamente central.

Indudablemente si el irlandés no hubiera sufrido cortes geográficos por la imposición del inglés se contaría con variantes intermedias, probablemente ampliables hasta Escocia. Variantes que permitirían hablar de un *continuum* lingüístico semejante al de las lenguas romances tras la extinción del latín o al de los dialectos de la Hélade.

No obstante, conviene reparar en una diferencia esencial, si el latín sirvió durante siglos de lengua franca por más que las lenguas vernáculas se hubieran impuesto e iniciado incluso su andadura literaria, si en Grecia, a pesar de las diferencias dialectales, tan estrechamente ligadas al desarrollo de lenguas literarias distintas, puede hablarse de una *koiné* escrita que terminará imponiéndose a pesar de las supervivencias dialectales modernas, no hay nada comparable en Irlanda. Lo más próximo es, primero, el Antiguo Irlandés entendido como lengua normalizada establecida y tutelada desde los monasterios y, mucho más tarde, tal y como hemos expuesto, la lengua culta mantenida artificialmente durante la época clásica del irlandés por los *filidh*, pero condenada a desaparecer cuando éstos se extinguen como escuela.

La consecuencia directa de lo antedicho es doble. Por un lado, el entusiasta que se atreve con tal lengua se ve en la encrucijada de optar por cuál dialecto quiere aprender o cuál le viene impuesto por las clases a las que asista. Desde luego que en las zonas con tradición propia, en la Gaeltacht, se enseña sobre el dialecto autóctono⁵⁰. No obstante, en ocasiones hay que deplorar una lamentable

⁴⁸ R. Elsie, *Dialect Relationships in Goidelic. A study in Celtic dialectology with 8 figures*, Hamburg 1986. El principio del que se parte es que la comparación de los porcentajes de vocablos comunes frente a los divergentes permite medir la distancia léxica entre dialectos distintos, por supuesto siempre desde un punto de vista relativo.

⁴⁹ Igualmente este modelo explica las afinidades entre el escocés de Northern Mainland y el Munster a pesar de los más de 900 km que separan Dingle de Tongue. El estudio revela una barrera muy definida entre Irlanda y Escocia lo cual es interesante sobre todo dada la proximidad geográfica respecto a Donegal. Manx se revela asimismo como grupo separado.

⁵⁰ B. Ó Cúlv (*Irish dialects and Irish-speaking districts*, pp. 34 ss.) llama la atención sobre el hecho de

que sólo pueden considerarse como lengua viva los dialectos vigentes en la Gaeltacht donde no ha habido disolución de continuidad con el pasado. Y esto a pesar de que existen, desde luego, hablantes de irlandés fuera de la Gaeltacht, pero no forman verdaderas comunidades de hablantes con una tradición lingüística ininterrumpida. Por ejemplo, el irlandés que se habla actualmente en Dublín nada tiene que ver con el hablado en la misma ciudad en el siglo XVII. Lo mismo puede decirse en caso de poblaciones desplazadas. En este sentido sería interesante estudiar el paralelismo con las modificaciones que sufrió el griego en las colonias o el español de América, por poner dos casos donde arcaísmos e innovaciones conviven en la evolución lingüística.

falta de formación de parte del profesorado. Esas deficiencias, por otro lado, pueden provocar casos en que el alumnado nativo tiene un nivel superior, domina la lengua mejor que sus maestros. Y además su irlandés tiene unas peculiaridades que el profesor pasa por alto al tratar de enseñar una lengua más o menos normalizada⁵¹, que a veces corre el riesgo de resultar artificial⁵². Dependiendo, por supuesto, de la formación y actitud del alumno, esto puede conducir a una situación de desánimo bastante descorazonadora que sumada a las propias dificultades lingüísticas puede desembocar en un cierto recelo⁵³ y desgana.

Naturalmente la posición ideal es la que ofrecen las universidades o centros especializados con larga experiencia donde se combina el aspecto práctico y el estrictamente lingüístico con referencias al estado antiguo de la lengua, más o menos como se hace con el latín en el caso de las lenguas romances⁵⁴.

⁵¹ Si utilizando el paralelo griego se compara con la desaparición de los dialectos por imposición de la *koiné*, podría argumentarse que ese intento de normalización no es en sí lamentable. Desde luego el griego sobrevivió. El propio irlandés ha experimentado dos fases de normalización, en Antiguo Irlandés y en el Irlandés Clásico. Mas en ambos casos dicho movimiento convivía con un estado vivo de la lengua, mientras que ahora la reducción progresiva de hablantes nativos, en especial monolingües (B. Ó Cuív, *Irish dialects and Irish-speaking districts*, p. 32 habla en 1951 de no más de treinta y cinco mil personas que utilizaban el irlandés como medio corriente de comunicación, de ellos sólo tres mil sin conocimientos de inglés. Estadísticas posteriores así como valoración del censo pueden consultarse, por ejemplo, en C. Ó Huallachain, *The Irish and Irish*, pp. 155 ss. y M. Ó Murchú, *The Irish language*, pp. 28 ss.), es el punto de inflexión que debe hacer reflexionar sobre los peligros de tales prácticas. Quizás la situación del vasco en nuestro país es el referente más próximo.

⁵² A pesar de que la gramática normalizada (*An Caighdeán Oifigiúil*) no prohíbe otras formas correctas no mencionadas en la misma, los inspectores escolares la han impuesto, con el resultado de que ni los profesores saben muchas veces cómo escribir bien su propio dialecto. Quizá convenga precisar que en líneas generales la variante real sobre la que se basa esa norma homogeneizada es el irlandés de Connacht, pero al existir aportes diferentes, tampoco puede hablarse de una coincidencia exacta.

⁵³ También en ciertos casos éste puede venir determinado por el deseo de evitar connotaciones políticas o cerrar una vía tan plena de oportunidades como es el inglés. Intervienen, desde luego, muchos factores y hay un amplísimo abanico de situaciones: desde cierto desdén incluso en hijos de familias muy instruidas e involucradas hasta un enorme entusiasmo protagonizado por «chicos y grandes» por más que el esfuerzo sea considerable.

⁵⁴ También en España la vía más fructífera, a nuestro entender, sería ir de lo antiguo a lo nuevo, tomando

como base los conocimientos de lingüística indoeuropea y la comparación con el latín y el griego. Pueden mencionarse aquí dos casos especialmente llamativos: la supervivencia en forma de preposición *go dtí* «a» de *-tí*, la forma conjunta del subjuntivo en *-s* de *do-ic*, lit. «hasta que vaya», una forma de subjuntivo relacionada etimológicamente con los aoristos sigmáticos del griego, o la denominación del día de Año Nuevo, *Lá Caille* lit. «Día de la Calenda» (*caileann* < *calendae*). Igualmente, y a título de ejemplo, podría sacarse mucho partido de los paralelismos entre construcciones castellanas e irlandesas. Ya hemos mencionado algunos en la nota 45, citemos ahora, entre otros, el uso de la segunda persona del condicional como imperativo cortés, en especial en la forma negativa: *an dtabharfá deoch do Sheán?, ní bheadh toitin agat?* Cf. frases como «Me daría usted...», «no tendrías un...» El uso de la tercera persona de subjuntivo con *go* para indicar deseo, *go mbeannai Dia thú* equivale exactamente a «que Dios te bendiga». La sustitución del subjuntivo por el futuro y condicional en las subordinadas condicionales tiene paralelos también en giros fuera de la norma, pero corrientes en especial en el País Vasco. El uso del impersonal no sólo encuentra paralelos en fr. *on*, al. *man*, sino en nuestro castellano *se*. Quizás los intercambios de construcciones entre oración completiva y los dos tipos de oraciones relativas (*dúirt sé go raibh sé ann* «dijo que estaba allí», *an fear a bhi ann* «el hombre que estaba allí», *a fear a raibh teach aige* «el hombre que tenía una casa» lit. «el hombre para el que había una casa para él»), favorecidos por la confusión en la formulación negativa (*dúirt sé nach raibh sé ann, a fear nach raibh ann, a fear nach raibh teach aige*) puedan ponerse en relación con la confusión en castellano de la conjunción «que» y su homónimo en el pronombre relativo. Los ejemplos han sido entresacados de D. Greene, *The Irish language*, pp. 50 ss., quien, si bien llama la atención sobre paralelos con otras lenguas, no suele prestar atención al castellano, lo que le lleva a sostener (p. 5) que el irlandés es la única lengua en Europa que opone *tí / sibh*, compárese con «tú / vosotros», también en francés *toi / vous*.

Por otro lado, si una de las ventajas del aprendizaje del irlandés moderno es que ayuda a entender la fonética y modismos del antiguo irlandés⁵⁵, la notación ortográfica constituye una de las dificultades más señeras.

Puesto que hicimos algunas observaciones al tratar el Antiguo Irlandés, quizás convenga precisar un poco más. Debemos empezar diciendo que la situación es hasta cierto punto semejante a la del griego moderno entre la versión culta *kazaréousa* y la popular, *dimotiki*. Si las escuelas poéticas despreciando los cambios fonéticos de su época mantenían una dicción anquilosada y una ortografía obsoleta, desaparecida desde hacía siglos, cuando la lengua popular se asienta en la literatura se abre una tendencia a la modernización de la notación ortográfica. Los intentos por mantener la antigua, seguir escribiendo *suidhe* cuando se pronuncia *sui*, *inghean* en lugar de *inton*, *filidheacht* por *filíocht* se han comparado⁵⁶ con la pretensión de que el francés, el catalán o el castellano siguieran escribiendo de acuerdo con la ortografía latina como medio de preservar la etimología en lugar de optar por reflejar pronunciaciones modernas: *roi*, *re*, *rey* para *regem*.

La comparación es exacta con una salvedad: los propios avatares de la historia de la lengua han privado al irlandés de una etapa paralela a la de la consolidación de las lenguas romances en su camino hacia la ortografía estandarizada. No olvidemos que aún en cartas del siglo pasado escritas por personas cultas encontramos oscilaciones entre *b* y *v*, casos de hipercorrecciones de *h*, etc. La labor de la Real Academia de la Lengua ha sido esencial en ese sentido. En Irlanda la Royal Irish Academy no ha tenido ningún papel semejante, sino que tal tarea fue encomendada en los años cincuenta no a académicos, sino a funcionarios del ministerio del Primer Ministro.

Éstos normalizaron la ortografía así como la gramática, en muchos casos ignorando totalmente no ya la base histórica, sino la propia lengua, creando un conjunto de reglas para ayudarse en la redacción de documentos oficiales que después logró mayor alcance, pero que en muchos casos no supera el nivel de amalgama o revoltijo. Las consecuencias desastrosas de contar con tales custodios de la lengua son fácilmente imaginables, a pesar de las quejas encendidas y las críticas de los especialistas la situación no ha cambiado, puesto que indudablemente tiene sus ventajas⁵⁷.

⁵⁵ Piénsese en frases del tipo *is maith liom* lit. «es bueno para mí», para «me gusta», y compárese con estructuras similares en latín: *est mihi bonum*, cf. *tá leabhar agam = est mihi liber*, distinto de *is liom an leabhar* que corresponde al francés *le livre est à moi, c'est à moi le livre*. Para los orígenes de esta construcción desde el antiguo irlandés, vid. p. ej. D. Greene, «The development of the construction *is liom*», *Éigse* 10, 1961-63, pp. 45-48.

⁵⁶ Th.F. O'Rahilly, *Irish dialects*, p. 257. Cabe recordar aquí que la grafía *dh*, que representaba una fricativa dental, al menos desde el siglo XIII ha perdido su carácter dental, convirtiéndose por lo general en una gutural aspirante /ɣ/, representada en la grafía con *gh*. Dicha aspirante gutural además se mantiene como tal sólo en posición inicial, entre vocales se reduce a un diptongo (se explican así diptongos nuevos escritos con su ayuda, por ejemplo para notar el préstamo inglés *prince* [præis] se utiliza *praghas*; vid. Th.F. O'Rahilly, *op. cit.*, pp. 65 ss. para las evoluciones dialectales). Sin embargo, se mantienen ambas grafías, *dh* y *gh*. Un buen resumen de los cambios de notación ortográfica a lo largo

de la historia de la lengua puede verse en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, Dublin 1969, pp. 22 ss. Probablemente fue a comienzos de este siglo cuando se perdió una oportunidad de oro, ya que los movimientos de renovación de la lengua se inclinaron por la norma ortográfica tradicional (tal y como aparece en el diccionario de Dinneen 1904) en lugar de revisarla y aproximarla a la lengua hablada. Sobre esta época vid. los artículos de Th. Ó hAilín y G. S. Mac Eoin en el mismo volumen.

⁵⁷ D. Greene (*The Irish language*, pp. 13 s.) llama la atención sobre la necesidad de una lengua normalizada en un mundo moderno y lamenta que en lugar de seguirse una vía similar a la del noruego o el servocroata, en los momentos de mayor refriega la esperanza que abrigaban muchos, incluso académicos tan preclaros como Osborn Bergin, era imponer un dialecto sobre los otros, en este caso el del Munster occidental. Siempre pueden discutirse los pros y los contras que hubiera supuesto esa solución. Una normalización con todos sus defectos quizá sea preferible al caos total.

La situación *mutatis mutandis* es semejante a la que enfrentaron los primeros escribas irlandeses cuando empiezan a usar el alfabeto latino, tomando como base además la pronunciación vulgar del mismo en la isla vecina, circunstancia que explica las inconsistencias y ambigüedades que jalonan el Antiguo Irlandés. De ahí el deseo callado o gritado a voces de que tal reto fuera abordado por académicos lo suficientemente sensatos y coherentes para sacar lección de errores pasados y lograr un sistema que, reflejando los descubrimientos más recientes de la historia de los dialectos y la lengua viva, permitiera agilizar el sistema, facilitar su aprendizaje y sobre todo no abrumar a los auténticos salvaguardas, los nativos, con notaciones que les hagan pensar que su lengua está en vías de extinción en manos de gentes que por no conocerla la inventan⁵⁸.

Máxime cuando la lengua viva en la Gaeltacht se caracteriza por buscar la palabra precisa, el concepto adecuado en una lengua semipoética, directa, bella, cuya preferencia por las medias rimas y la similitud en lugar de la simetría ha sido comparada a la labor de taracea de la metalurgia céltica continental anterior a nuestra era⁵⁹.

Si recordamos que los protagonistas de la última invasión, aquella que redujo a los *Tíatha Dé Danann* «Los Pueblos de la Diosa Dana» a los *síde*, al mundo subterráneo, se jactan de ser los Hijos de Míl y de tener España como tierra de origen, creemos que al despertar el interés por su lengua estamos rindiendo justo tributo a nuestros propios antepasados. A aquéllos que confiaron a

⁵⁸ B. Ó Cuív (*A view of the Irish language*, Dublin 1969, p. 33) señala muy acertadamente que si bien la normalización es atractiva en cuanto que facilita el aprendizaje, al diferir considerablemente de la nueva gramática que no está basada en ningún dialecto (el más próximo es el de Connacht), si se insiste demasiado en esa vía, los verdaderos hablantes de la Gaeltacht pueden llegar a considerar su propia lengua, que es la auténtica viva, como un «sub-estándar». Apunta como solución la búsqueda de un «estándar» por cada grupo dialectal (Ulster, Connacht, Munster), ya que las diferencias por ejemplo entre Waterford, Cork y Kerry no son insalvables, además se cuenta con un *corpus* literario y oral suficientemente amplio y la enseñanza en las escuelas no sólo ayudaría a sostener y enriquecer los dialectos locales, sino que proporcionaría una base para los niños de otras zonas que acuden regularmente a la Gaeltacht dentro del programa de becas e intercambios perfectamente establecido por el ministerio. Ésa es la única esperanza de supervivencia, que se enseñe adecuadamente en las escuelas primero (desde hace unos quince años se implantaron las Gaelscoileanna, escuelas donde el aprendizaje es a través del irlandés) y, segundo, que se use como medio normal de comunicación para lo cual se necesita un nivel adecuado. La Gaeltacht en este sentido no es sólo el lugar donde la lengua ha sobrevivido sin solución de continuidad, sino la reserva natural donde aquéllos que se inician en su aprendizaje pueden adquirir habilidad y naturalidad. Desde luego conviene no olvidar que a pesar de todas las dificultades a las que el irlandés se enfrenta no sólo forma parte de la vida diaria incluso de quienes poseen unos conocimientos mínimos, sino que se ha convertido en ve-

hículo para una nueva literatura. Sobre este aspecto a título de introducción puede verse G.S. Mac Eoin, «Twentieth-century Irish literature», en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, pp. 57 ss. y D. Greene, *Writing in Irish today. Scribhneoireacht Ghaeilge an lae inniu*, Corcaigh 1972.

⁵⁹ S. Ó Súilleabháin, «Irish oral tradition», en: B. Ó Cuív (ed.), *A view of the Irish language*, p. 50. Como señala B. Ó Cuív en el capítulo que cierra esa obra conjunta «Irish in the Modern World», no se trata de simple verbosidad, se admira y se busca la concisión lingüística (*cóngar cainte*). Y esto por parte de los herederos de una lengua de raro valor que tanto puede ayudar para elucidar problemas de la historia de otras lenguas (y esto es directamente aplicable a los estudios de celtibérico), garantes de un riquísima literatura con una larga transmisión oral que llega hasta los últimos *seanchaí* de nuestros días, hombres y mujeres sin formación escolar, auténticas bibliotecas vivas, capaces de alabar la sabiduría de un hombre o la belleza de una mujer comparándolos no ya con sus héroes sino con Aristóteles y Helena. Gozan de merecida y justificada fama las largas discusiones, horas enteras, sobre el uso correcto de un vocablo y esto entre personas de escasa educación formal. Cuando Monseñor Pádraig de Brún preparaba su traducción al irlandés de la *Odisea* pasó noches enteras con los nativos de Dún Chaoin (en la Península de Dingle) discutiendo verso a verso, palabra por palabra la manera más apropiada de verter la lengua de Homero a la de los druidas, recelosos de la palabra escrita. Un hermoso homenaje a ambas tradiciones. Es información que debemos a la gentileza de Seán Ua Súilleabháin.

las tablillas zoomorfas tratados de amistad con el pueblo que un día borraría irremisiblemente sus huellas, a aquéllos que a pesar de todos los cambios seguían invocando a Lug en Peñalba de Villastar. Es quizás la ayuda del dios de nuestros mayores, el *samildánach*, *omnium inventor artium*, la que debemos impetrar al acercarnos a la montaña donde mora, intentando rescatar del olvido los trazos de la lengua de quienes nos precedieron.

MARÍA DEL HENAR VELASCO LÓPEZ
Universidad de Valladolid
Dpto. de Filología Griega
Facultad de Filosofía y Letras
Plaza del Campus s/n
E-47011 Valladolid